

Encuentro en Lisboa (y II)

Pessoa y la lluvia

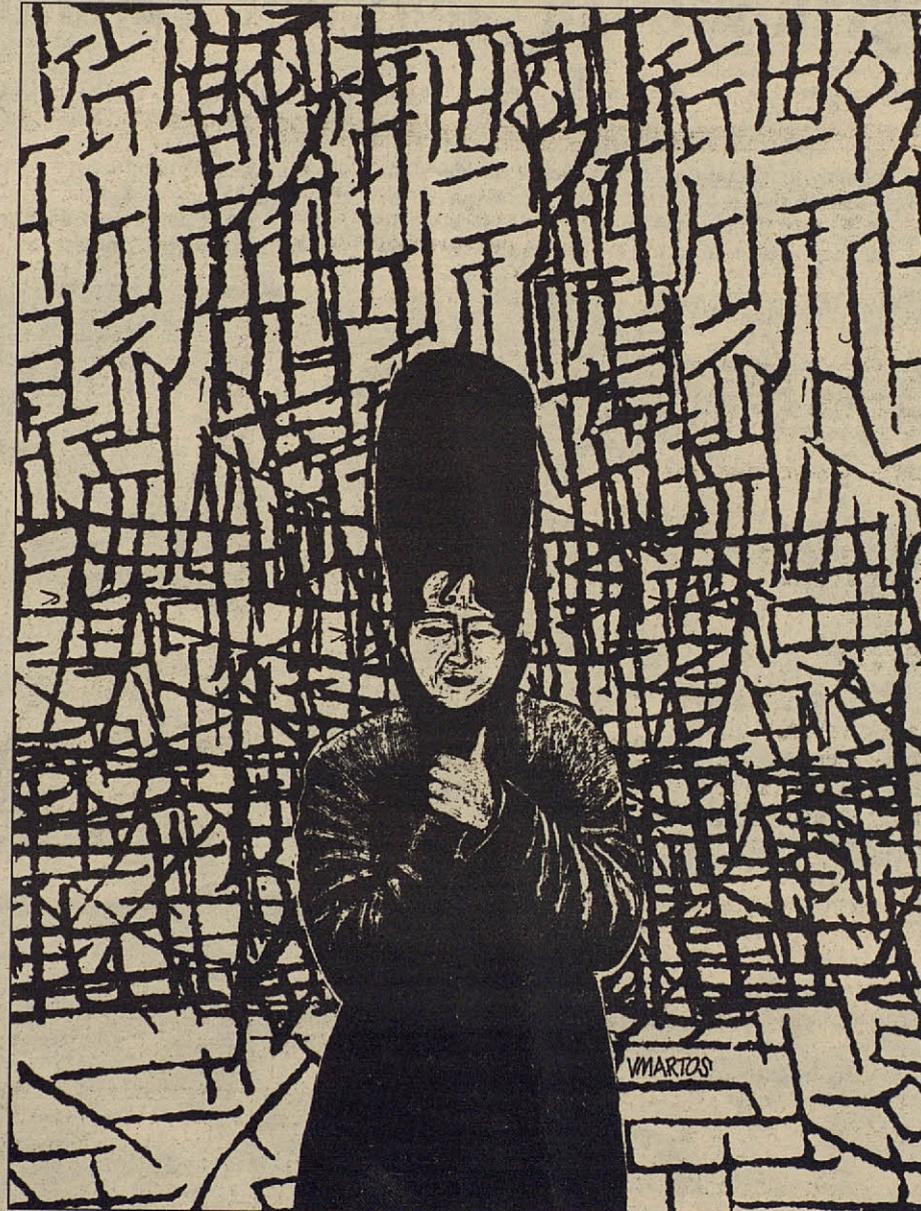
JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

La mañana del siguiente día se presentaba catastrófica: lluvia y más lluvia y mucha mala leche; dormí feo. Alex Susanna me visita en mi 803 y pedimos el desayuno: naranjada, cafés dobles y «agua da pedra». Hablamos de poesía en lengua catalana, su pasión y también la mía, y deseamos tópicos que habrá que combatir, y ponemos orden en el escalafón de la belleza: hay que airear a Josep Sebastià Pons y a Guerau de Liost; mantener siempre en alto a Carner, a Foix, a Espriu, a Vinyoli, a Pere Quart y a Ferrater; no subir más a Carles Riba, ya está bien donde está; y sostener, sin exageraciones, a Salvat —Panasseit, a Rosselló— Pórcel y Marent.

En el «hall» ya está Rafael Conte. Alex abre el diálogo. ¿Y en Madrid? Estupendo, gracias. No hombre, era por lo de la crítica de libros. ¡Ah, bien! El que está bien es él, hecho un sol para «El Sol», y está también César Antonio Molina, con su «Culturas y libros», todo muy cumplido para «Diario 16».

Aparece, maravillosa y dulce, Pilar Saramago. Se sienta y continúa la charla. Se nos une Francisco Satué, y ya estamos todos. Dos taxis: sigue la lluvia, por supuesto, y yo «enchocho» al personal con mi paraguas de oro. Vamos al primoroso restaurante A Varina de Madragoa, en el barrio de A Estrala, cerca de donde viven los Saramago. Mientras esperamos a José, contemplo las fotografías que llenan las paredes: escritores, bohemios, y Pilar y José posando el día de su boda. Entra José y forman la mesa: Saramago, Pilar y un servidor, y enfrente Rafael Conte, Alex Susanna y Satué. Magnífica la cherna, sí señor, y todo lo demás, y una muy distendida sobremesa tratando de lo humano, lo divino queda para otra gente. Pronto marcha Satué, pues le urge el avión; Saramago vuelve a su mesa de trabajo; Pilar nos conduce a Alex, a Conte y a mí a visitar la ruta urbana de Pessoa y la de uno de sus heterónimos, Ricardo Reis.

Taxi otra vez. Al llegar, la cosa está gravísima: diluvia, está todo inundado y el viento se nos lleva. Abrazadito a Pilar y a Alex, mi paraguas les brinda una más bien precaria protección. Conte, con boina riojana y gabardina, se declara autónomo, va muy deprisa y nos hace la puñeta a los del trío del paraguas. Nos asomamos a ver la casa de Pessoa, el Largo con los bancos en donde se sentaba a leer los periódicos, que luego abandonaba discretamente para que los leyera otros sin tener que com-



pararlos. Desde el mirador, y pese al diluvio universal, se atisba el estuario del Tajo y el larguísimo puente de peaje que Salazar hiciera construir (¿hasta cuándo durará este pontazgo?).

Mojados hasta los cuernos, vemos luego el piso que figura ocupó el doctor

Ricardo Reis, desde el que podía observar la espalda de la estatua de Luis de Camões. Ahora la estatua se está hundiendo, todo el barrio está sobre una laguna, y hoy además bajo otra laguna, esto ya lo sabía el Marqués do Pombal. Pero están cimentando el zócalo de la esta-

tua, con el beneplácito de las palomas que se posan siempre sobre ella. Y después, rápido al hotel, a secarse y cambiarse, que a las siete actuamos en el Forum Picas.

Es una lectura de poesía. La sala está incomprensiblemente llena. ¿Se irán cuando empecemos? Rompe el fuego Nuno Júdice: sus poemas son espléndidos y él, muy tímido, pero luego me regaló «As regras da perspectiva», su último libro; después lee Julia Castillo, demasiado bajito, poemas de sus «Siete movimientos»; sigue Fernando Assis Pacheco; recuerdo su «Regreso da Índia»; continúa Alex Susanna, con cuatro poemas muy cuidados, que lee primero en la versión castellana que le hizo Basilio Losada, y luego en catalán; entra en fuego Fiama Hasse Pais Brandão, con sus gallos y cigarras; Francisco Brinea adelanta una muestra de su mejor poesía, que luego, por la noche, nos va a ampliar; yo digo unos poemas, entre ellos el titulado «Los perros vagabundos más lujosos de la tierra estaban tristes», que trata del abandono de esos canes por parte de sus dueños al escapar de Portugal al conocer el triunfo socialista en 1976, y se lo dedico a Raúl del Pozo, que estaba allí y me hizo ver la cosa, y también lo dedico a los Saramago, pues son un amor; cierra Angel Crespo, el senior, el decano, condecorado por el Gobierno portugués por su ingente labor de lusófilo.

Al salir, noto la desaparición de mi paraguas. Los responsables del cuidado del local me dicen que «un señor portugués se lo llevó para entregármelo», pero yo no lo creo. Entro en abatimiento muy profundo. Mojado como un buitres, mientras ya pienso en una «Elegía por un paraguas perdido», arranco sin cenar a la presentación de una antología de Brines que he preparado y traducido al portugués José Bento. Llego a la Livrerie Assirio-Alvim demasiado temprano, pero se va llenando poco a poco. Por fin aparece Brines, que resulta ser «el señor portugués», pues enarbola mi paraguas. ¡Adios, Elegía! La lectura, un éxito, y el trabajo de Bento, algo increíble.

Cenamos en el restaurante Portugalia, y a la cama, señoras y señores. Mañana almorzaré, antes de mi diáspora, en casa de los Saramago. Mejor despedida no habría para mí, pero no voy a escribir nada de lo que allí oiga o diga, por no ponerme más nostálgico aún y más sentimental. Hay cosas que no pueden ni deben escribirse.